

Ni foso, ni rastrillo, ni poterna, ni puente levadizo, ni gente de armas nos vedan el acceso, cual de seguro sucediera otrora, allá en los tiempos de

«Aquel de buenos abrigo,  
amado por virtuoso  
de la gente,  
el Maestre don Rodrigo  
Manrique, tan famoso  
y tan valiente»,

que fuera su señor.

Ni ha sonado tampoco en la alta torre la trompa del atalaya, anunciando el arribo de gentes extrañas al alcaide de la fortaleza.

Ni la campana de alarma ha lanzado al viento sus bronces de alerta.

Sobre su peñón cimero—negra verruga de piedra—, el castillo duerme su sueño eternal.

Carcomido portón claveteado cierra el muro exterior desalmenado, sin barbicanas, sin parapetos, sin matacanes, sin baluartes...

Sólo guardan la entrada, en estos tiempos, dos tremendos mastines, que, al divisarnos, ladran furiosamente, con canina y tozuda obstinación.

Caballeros en mulas de labranza salen unos gañanes del castillo, que son las huestes de hoy.

Penetramos al fin en la mansión guerrera, actualmente convertida, por obra del tiempo, que todo lo trueca, en alquería.

Entre muros derruidos y restos de torreones, ascendiendo por empedradas rampas, llegamos al cuerpo central del derrotado castillo.

Por una puerta de apuntado arco, abierta en el grueso muro, irrumpimos en la amplia plaza de armas, luego de atravesar lo que fué cuerpo de guardia.

El abandono y la desolación reinan en el edificio.

El ariete de los siglos abatió los recios muros.

Intentamos subir, sin conseguirlo, pues la escalera se ha venido al suelo, a la que fuera un tiempo gallarda torre del homenaje.

La vieja capilla de la fortaleza, en que los caballeros de Santiago elevaron sus preces al cielo impetrando la victoria, es hoy una inmunda cochiguera.

Las espaciosas salas castellanas, antaño exornadas de ricos tapices y muebles severos, sirven ahora para encerrar ganado.

En el salón de honor del piso alto, lugar de fiestas en un ayer remoto, se almacena el trigo.

Hay también, en otras antañonas y nobles dependencias, una vieja bodega, ya olvidada, y una alquitara medio destruída.

Ni la historia, ni el arte, ni la tradi-

*Sobre su peñón cimero, el castillo duerme su sueño de eternidad.*

